

ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS

ALDEA
LITERARIA

Nunca
estuve en la
guerra

FRANCO VACCARINI



**ALDEA
LITERARIA**

Nunca
estuve en la
FRANCO VACCARINI **guerra**

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diseñadora: Griselda Ponce

Vaccarini, Franco

Nunca estuve en la guerra / Franco Vaccarini. - 1a ed. -

Boulogne : Cántaro, 2023.

128 p. ; 19 x 14 cm. - (Aldea literaria)

ISBN 978-950-753-652-6

1. Literatura. I. Título.

CDD A860.9283

© Editorial Estrada S. A., 2023

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-652-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

**Nunca
estuve en la
FRANCO VACCARINI guerra**

INDICE

9	Capítulo 1. El vagabundo
17	Capítulo 2. Borges
21	Capítulo 3. Papá y la Virgen
23	Capítulo 4. La guerra es veloz
27	Capítulo 5. La instrucción
33	Capítulo 6. El capitán que lo sabía todo
35	Capítulo 7. De cómo aprendí a vacunar
39	Capítulo 8. Palatinus
43	Capítulo 9. Oficiales y suboficiales
47	Capítulo 10. Heidi sigue escribiendo
49	Capítulo 11. Los que estuvieron en el <i>Bahía Paraíso</i>
53	Capítulo 12. Lisandro rompe un espejo
57	Capítulo 13. Lupe, de Punta Alta
61	Capítulo 14. Cuentos para Lupe
65	Capítulo 15. La vuelta de Lisandro
69	Capítulo 16. El día que Palatinus perdió la pierna había salido el sol
71	Capítulo 17. ¿Y vos qué tenés en la cabeza?
73	Capítulo 18. Lisandro cuenta la guerra
79	Capítulo 19. Mucho más que un héroe
81	Capítulo 20. Quiero volver a casa
85	Capítulo 21. Cartas de papá y mamá
87	Capítulo 22. En casa de Lupe
91	Capítulo 23. Otra vez un lobo
95	Capítulo 24. Lisandro quiere hablar conmigo
99	Capítulo 25. Un amor pacífico
103	Capítulo 26. Heidi
105	Capítulo 27. Lisandro no está
109	Capítulo 28. Heidi vuelve de vacaciones
113	Capítulo 29. La herida de París
115	Capítulo 30. Un héroe se despidе
117	Capítulo 31. La baja
121	El autor

*A todos los conscriptos que estuvieron en la guerra,
a sus familiares y seres queridos.
A la memoria de mis padres.
A Valentina y Camila.*

Así nos sucedía a todos nosotros aquel año. Sobre la tierra inmensa y expectante pendían la pulsación y la promesa únicas de la guerra.

Thomas Wolfe

"Los cuatro desaparecidos", en La orgullosa hermana Muerte.



capítulo 1
El vagabundo

Después de terminar la secundaria en 1981, no tenía excusas para vivir en el pueblo y tuve que volver al campo que mi familia arrendaba desde tiempos inmemoriales —es decir, desde antes de que yo naciera— en el partido de Lincoln. No trabajaba ni estudiaba porque tenía frente a mis ojos ese gran frontón, ese muro negro por cuyas hendidjas apenas si podía ver el misterio del futuro que me esperaba: el servicio militar. El gran muro.

En el sorteo para decidir a qué fuerza sería destinado me tocó un número alto, el 940. Número de Marina y, más exactamente, de la Infantería de Marina.

La Marina hacía cinco llamados por año: febrero, abril, junio, agosto, octubre. Un llamado cada dos meses.

Llegó febrero con sus tormentas súbitas de vientos fuertes y el sol sobre la alfalfa florecida y la quinta poblada de sandías y zapallos; llegaron los higos maduros y las chapas del granero ardiendo a la hora de la siesta, pero no llegó ningún telegrama de los cuarteles. Vida en suspenso. Tenía un poco de dinero y el proyecto de vivir en Buenos Aires después de la colimba, con el vago propósito de estudiar periodismo o letras, aunque yo solo quería ser escritor y, por supuesto, conseguir mi primer empleo. Empezar una vida autónoma.

El pueblo estaba diferente, vacío de amigos.

Había terminado mi último año de bachillerato en la Escuela Normal tras la euforia y posterior resaca del viaje de egresados a Villa Carlos Paz; había dejado, también, en el Centro de Estudiantes, toda una bohemia de guitarras, noches largas y matinés. Los pueblos de las Llanuras expulsan a sus jóvenes apenas terminan la secundaria, no hay trabajo ni estudios para la inmensa mayoría de ellos.

Mi pequeño reino había colapsado.

Gastaba mi tiempo en el campo, y una vez por semana iba en bicicleta —doce kilómetros— a las clases de actuación en el teatro La Fragua, un manotazo de ahogado para tener un algo de vida social.

A la noche me quedaba en la casa de Quito Conti, uno de mis mejores amigos, obligado como yo a pasar una temporada en el limbo porque también el sorteo lo había “favorecido” con la Infantería de Marina.

La atmósfera que se respiraba en el teatro gracias a don Julio Santos, un venerable director, poeta, recitador, actor, era reconfortante. A cada alumno le encontraba una virtud para alentarlos: un chico demasiado flaco era tan expresivo como un sapo muerto, pero si caminaba con las manos y los pies, nos recordaba a una araña, y sufríamos cuando alardeaba con la flexibilidad de su cuerpo. Don Julio nos habló de los legendarios hombres de goma que solían actuar en los circos, y aquel chico se sintió llamado a ser alguien: sus ojos, que brillaban al llegar, brillaban más al irse. La hermana mayor comenzó a asistir a las clases al solo efecto de observarlo y, acaso, transmitir al resto de la familia la admiración cosechada.

Una chica de voz dulce y lánguida cantaba sin desafinar, otros podían interpretar papeles con eficacia y yo tenía, según don Julio, “porte y energía de campesino”. Eso lo decidí a darme un ejemplar de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman. Mi función en cada clase era ensayar el recitado del largo poema “Canto a mí mismo”:

Nunca estuve en la guerra

*Me celebro y me canto a mí mismo.
Y lo que yo diga ahora de mí lo digo de ti
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.*

Mi confianza como recitador crecía semana tras semana. La música era perfecta. Los versos brotaban flamantes, como hechos para mí, para las tablas del teatro La Fragua:

*Me engendraron padres que nacieron aquí,
de padres que engendraron otros padres que nacieron aquí,
de padres e hijos de esta tierra y de estos vientos también.*

Don Julio Santos no dejaba de echar leña al fuego con su voz grave, mientras acariciaba su barba entrecana:

—¡Eso, eso! ¡Con el corazón en la boca, así se dicen los versos de Whitman! ¡Lo has interpretado a la perfección, muchacho!

Comencé a sospechar que dentro de mí había tesoros ignorados, vocaciones desconocidas. Tal vez yo era otro. Otro, además del chico campesino que no quería parecer un chacarero en la ciudad; el que, aunque no lo admitiera con palabras, sospechaba que era uno más, uno entre tantos. Llegó un día de aquel verano inolvidable en que habría una especie de ensayo a puertas abiertas, para amigos y parientes. No quería que mis padres vinieran, pero tuve que invitarlos por la severa indicación de don Julio Santos:

—Un artista ha de probarse ante el público. Y el primer público es su familia.

Hubo algún brindis antes de que cada uno comenzara con su presentación. El chico que podía caminar como una araña hizo sus contorsiones para delirio de los espectadores. La chica que no desafinaba cantó temas melódicos de Sandra Mihanovich. Me tocaba a mí.

Subí al escenario amparado por mis exitosos ensayos, pero algo falló al clavar la vista en el público y ver a esas tías expectantes, esos hermanos y hermanas y esos padres... ¡mis padres! Tal vez había sido el vino que había tomado para darme ánimos, tal vez los nervios. Al segundo verso mi mente quedó en blanco.

El maestro me apuntaba desde abajo, me tiraba letra y, como pude, continué con el poema a los tumbos y tropezones. Fue la primera y contundente señal de que los escenarios no eran mi lugar preferido en el mundo. Y la magia del teatro se fue esfumando como el humo de las fogatas otoñales.

Pasar la mayor parte del tiempo en el campo me hacía sentir un desterrado, lejos del mundo, solo. La vida, para mí, era algo que sucedía en las ciudades: mis dos hermanas, Vilma y Alicia, habían estudiado en el profesorado de la Escuela Normal y se radicaron en Buenos Aires. Desahuciado por las tablas, necesitaba un shock de adrenalina para sentirme parte de la existencia, así que forjé dos proyectos imposibles, muy diferentes: hacer un curso de paracaidismo y entrevistar a Borges.

Alicia, la mayor, ya recibida como profesora de Letras, me había transmitido el fervor por un Borges al que yo recién empezaba a leer, pero que, lo sabía, otorgaba entrevistas a quien se las pidiera.

Entretanto, la ilusión de una vida aventurera me llevó al Club Escuela de Paracaidismo en La Plata. Antes de empezar el curso debí convencer a mi padre de que me firmara un permiso, porque yo era menor de veintiún años. Fueron días y días de discusiones. Implementé el método chino de la paciencia y de la gota que horada la piedra, es decir, la cabeza del padre. Diálogos cortos y empantanados se sucedieron sin tregua.

—Vos siempre decís que el mundo es de los audaces, papá.

—Ni loco te firmo eso. Es antinatural.

—Vos siempre decís que uno tiene que cumplir lo que sueña.

—Es como firmarte un certificado de muerte. Soy tu padre, no tu verdugo.

—Vos siempre decís que uno tiene que ser libre y si yo no puedo saltar en paracaídas, no puedo ser libre. Tengo la plata ahorrada, casi toda.

—Ni loco te firmo eso. Que vuelen los pájaros. Además, veo que no tenés toda la plata, habría que ver cuánto suma ese casi.

—Vos siempre decís y después no hacés lo que decís. Decís que te gusta viajar y no viajás.

—Viajar es lindo, pero acá hay que cuidar a los animales todos los días. En el campo no hay feriados.

Más tarde, agregué una variante:

—Dale, viejo. Quiero cumplir un sueño antes de los catorce meses a la sombra.

—¿A la sombra? Que yo sepa vas a la colimba, no a la cárcel. Y agradece que son catorce meses, a mí me tocaron dos años en Río Gallegos, en el 45. Había que aguantar el frío, la nieve... ¿Sabés que cuando iba en el barco y me enfermé...?

Y así papá me contó por enésima vez la gran aventura viajera de su vida. Río Gallegos, la nieve, la lejanía del hogar. Un viaje en barco con gripe. Para un hombre de llanura y de a caballo, la desconfianza hacia barcos y aviones era visceral. Sin embargo, más tarde que temprano, mi padre aflojó su negativa y me acompañó a la comisaría del pueblo para firmar la autorización.

Tras tediosos sábados de entrenamiento durante los que debí aprender a preparar mi paracaídas para que se abriera correctamente, llegó el primer salto, pero soplabá demasiado viento y se suspendió el vuelo. Al sábado siguiente, llovió. Al otro sábado salté y todo fue rojo, verde, azul, color de cielo, de árbol, de mi paracaídas rectangular, que se abrió de manera automática, tal como estaba previsto —la caída libre es un privilegio concedido a los alumnos que superan el curso de instrucción— y me oí cantar “Waduwadu”, de Virus, mientras descendía suavemente y entretanto el arnés me apretaba —demasiado, ay— en la entrepierna:

*Este sábado a la noche te paso a buscar
a bailar el wadu-wadu que te va a gustar,
te prometo invitarte muchas veces más
todo el tiempo wadu-wadu para re-relajar.*

Fue hermoso, y más todavía cuando el arnés se acomodó en el lugar correcto.

Para el cuarto salto, semanas después, me dieron un paracaídas blanco y chiquito, al que los dos instructores llamaban “Medusa”. Claramente oí que uno le decía al otro:

—Después de este salto, al Medusa lo sacamos de circulación.

Hice como si no escuchara, pero la verdad es que había escuchado. Salí rígido del avión, como si no tuviera articulaciones, y mi cabeza golpeó contra el ala del Cessna 205. Perdí el casco por el golpe —nunca lo recuperaré—. El Medusa se abrió correctamente, aunque por unos segundos yo quedé cabeza abajo y las cuerdas se enredaron entre mis piernas. Un rato después me despedí de todos, dije “hasta el sábado” y nunca más volví.

Hice unos cuatro o cinco viajes a Buenos Aires en esos meses de 1982, combinándolos con mis incursiones a La Plata. Iba al barrio de Palermo para visitar a mis hermanas, y también a San Fernando, para ver a Maru y a Mónica, las mellizas que pasaban los veranos en Lincoln y eran primas de Olguita, una compañera mía. Rubias, lindas, bronceadas por el sol de las islas del Tigre, las mellizas devolvían los cumplidos con una simpatía arrolladora, con su guitarra y sus versiones de los Beatles. Me invitaron a su casa de San Fernando y allí conocí a Heidi, la vecina algo genial, algo loca, morocha, con varios kilos de más, un vendaval de energía, fanática de Queen, enamorada de Freddie Mercury.

Al segundo viaje, con Heidi ya éramos como hermanos.

Ella era la persona más demostrativa del mundo. Hacía alegres escándalos al verme llegar, más tarde o al día siguiente —solía quedarme a dormir en la casa de las mellizas— me acompañaba a la estación y cuando me subía al tren corría por el andén junto a mi ventanilla y me lanzaba besos y adioses a la vista de los otros pasajeros: yo me sentía no tan halagado como intimidado por su enfática demostración de cariño.

La madre de Heidi estaba preocupada por su obsesión con Freddie y pretendía mi ayuda para “encarrilarla”. Lejos estaba yo de lograr algo así: Heidi tenía una convicción absoluta en la viabilidad de su amor por Freddie. Por eso le escribía y le enviaba regalos. Era una locura, de todos modos, inofensiva. Un día, en un local de La Lecherísima, me leyó varios capítulos de una novela en la que los protagonistas exclusivos eran ella y Freddie, y las cosas que hacían (que Heidi le hacía a Freddie) hubieran sonrojado hasta a una piedra. Heidi no ahorra en fantasías.



Franco Vaccarini

Franco Vaccarini nació en una zona rural de Lincoln (provincia de Buenos Aires) en 1963.

Se radicó en la ciudad de Buenos Aires a los 19 años, con el deseo de ser escritor. A través de la poesía tuvo un temprano reconocimiento en la Primera Bienal de Arte Joven (1989). En 1997 su libro de poemas *El culto de los puentes* fue distinguido por el Fondo Nacional de las Artes. En 1998 publicó sus primeros cuentos para niños y en 2001 el libro *Ganas de tener miedo* inició una larga serie de cuentos y novelas para jóvenes lectores. En 2006 recibió el premio El Barco de Vapor, con *La noche del meteorito*. La Fundación Cuatro Gatos, de Miami, recomendó sus libros *Nunca estuve en la guerra*, *Doce pescadores*, *Efecto mutante* y *Leyendas de mar y fuego*. Publicó una decena de títulos en España, México, Colombia, Brasil, Chile, Perú, Panamá y otros países de América. Entre sus libros para jóvenes se destacan *La mecedora del fantasma*; *Un misterio pasajero*; *Un artista sobrenatural*; *Algo que domina el mundo*; *La isla de las mil vidas*. Para lectores adultos publicó las novelas *Maldito vacío*, *La editora* y *El vendedor de libros*.

La experiencia del servicio militar obligatorio a fines de la última dictadura militar en la Argentina lleva a un joven de 18 años a enfrentarse con lo que significa la guerra. Sin haber pisado el campo de batalla, el narrador de esta historia empieza a comprender lo que significa el miedo, la violencia y el dolor de estar solo entre enemigos.

ALDEA
LITERARIA

ISBN 978-950-753-652-6



9 789507 536526 >

 macmillan
education

 cántaro

Lectura sugerida
a partir de los **13** años.